



Martínez Mazzola, Ricardo

Oscar Terán, Para leer el Facundo :
civilización y barbarie: cultura de fricción,
Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007, 104
páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Martínez Mazzola, R. (2008). Oscar Terán, Para leer el Facundo : civilización y barbarie: cultura de fricción, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007, 104 páginas. Prismas, 12(12), 265-266. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1974>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Fabio Wasserman
*Entre Clío y la Polis.
Conocimiento histórico
y representaciones del pasado
en el Río de la Plata
(1830-1860)*
Buenos Aires, Teseo, 2008,
276 páginas

El trabajo de Fabio Wasserman parte de dos paradojas. La primera, que la cultura historicista que se generalizó en el Río de la Plata a mediados del siglo XIX no produjo aportes historiográficos significativos en el período; la segunda, que en la región el romanticismo no logró plasmar una historia nacional. Para dar cuenta de estas paradojas el autor aborda un conjunto amplio de documentos que habrían sido dejados de lado por una mirada teleológica que observaba al período como la prehistoria de la Argentina y el Uruguay y buscaba textos que soportaran una interpretación que los postulara como relatos históricos nacionales.

Wasserman aborda así las prácticas institucionales y las concepciones disciplinares de los letrados unitarios, los intelectuales ligados al rosismo, o los “jóvenes” de la Generación del ’37, reconstruyendo las miradas –a veces sorprendentemente convergentes– que unos y otros plantearon acerca del mundo indígena, del pasado colonial o de los avatares de la Revolución de Mayo. Esta reconstrucción permite al autor dar respuesta a las paradojas antes planteadas: si, más allá de las intenciones, la cultura historicista rioplatense no logró producir un relato histórico nacional fue por las condiciones que no hicieron posible “cumplir” con el programa. Estas condi-

ciones no se limitan a las materiales sino que refieren, principalmente, a la pluralidad de interpretaciones sobre los rasgos del espacio político a fundar. La ausencia de un proyecto compartido que permitiera articular un relato nacional habría llevado a que los letrados construyeran relatos en los que el sujeto era un individuo o la civilización, o se limitarían a recopilar materiales para que fuera “el historiador futuro” quien, en un momento posterior a las luchas facciosas, los interpretara dando sentido al proceso.

Finalmente, sería Mitre, en un horizonte en el que podía vislumbrarse la constitución de un espacio político nacional –espacio que él, además, se proponía forjar– quien lograría dar nacimiento a la que, a juicio de Wasserman, sería la primera historia argentina. Su relato –que, dejando de lado las interpretaciones que fundaban la Revolución en causas externas, planteaba que, ya fuera a través de las elites o el pueblo, la mano providencial siempre había hallado un agente para realizar la causa de la libertad– se mostró eficaz y la Revolución de Mayo se constituyó en el *mito de orígenes* de la historiografía argentina. Ante ello Wassermann plantea un problema que excede el marco del debate académico, señalando que si narrativas como la de Mitre no son adecuadas para afrontar los interrogantes que hoy plantea la historiografía, mucho menos lo son para una sociedad que ya no puede creerse providencialmente “condenada al éxito”. ¿Habrá llegado la hora de desmitificar? ¿O de forjar nuevos mitos?

R. M. M.

Oscar Terán
*Para leer el Facundo:
civilización y barbarie: cultura
de fricción*
Buenos Aires, Capital
Intelectual, 2007, 104 páginas

En este, uno de sus últimos trabajos, Oscar Terán se propone un objetivo aparentemente modesto: apelar a los instrumentos de la historia intelectual para brindar algunas claves de comprensión para una lectura productiva del *Facundo*. A primera vista el libro tiene características que parecen acordes con esa declaración de modestia: su corta extensión –unas 100 páginas– y el tono introductorio y pedagógico, acorde con su publicación en una colección dedicada a temas de divulgación. Sin embargo, apenas el lector ingresa en el texto, se encuentra con un recorrido que busca restituir la complejidad de los debates a los que ha dado lugar el *Facundo*, señalando los modos de la recepción del romanticismo en el Plata, destacando la tensión entre los ideales estéticos y políticos de Sarmiento, subrayando su mirada ambigua sobre la culta y egoísta Buenos Aires, y reconstruyendo el modo en que en la obra del sanjuanino se despliegan las difíciles relaciones entre las tradiciones liberal, democrática y nacionalista.

De entre las múltiples cuestiones que Terán aborda en el texto podemos señalar, en este forzosamente breve comentario, tres. Por un lado el señalamiento que realiza del carácter friccional del enigma al que Sarmiento busca dar respuesta: la cuestión, que no dejará de asolar las pesadillas de las elites letradas argentinas

hasta el presente, no es la de la barbarie sino la de la *fricción*, los entrelazamientos y contaminaciones, entre civilización y barbarie. La segunda, relacionada con esta preocupación por la mezcla, es la del carácter híbrido que, en la *border scene*, que abre el libro, Sarmiento se asigna a sí mismo: un hermeneuta capaz no sólo, como ilustrado de entender una frase francesa, sino de verterla, en tanto conocedor de la lengua gaucha, al criollo. Sarmiento comienza así su postulación, que completará en *Recuerdos de Provincia*, como héroe civilizador enfrentado a ese gran villano que es Rosas, otro híbrido. Sin embargo, y este es el tercer elemento que queremos destacar, Terán señala que la interpretación no totalmente negativa que Sarmiento planteaba sobre el papel de Rosas no se fundaba solamente en el papel providencial que éste cumplía –que hacía que el Sarmiento político, aunque no el literato, lo prefiriera a Facundo– sino también en el orgullo patriótico del sanjuanino que lo hacía ver en él un rasgo más del excepcionalismo argentino.

Podemos concluir señalando a la engañosamente fácil lectura de este ensayo como otro mérito de la feliz pluma de Oscar Terán quien, en ésta como en otras ocasiones, logró presentar sutiles y complejos problemas con una escritura que, además de bella, se esfuerza por no agregar dificultades que alejaran a su interlocutor de la lectura de un libro que consideraba indispensable.

R. M. M.

Horacio Tarcus
Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos
 Buenos Aires, Siglo XXI, 2007,
 542 páginas

En este trabajo monumental, Horacio Tarcus se propone seguir la cola del diablo, pero no ya la de Antonio Gramsci –cuya recepción ha sido estudiada por Pancho Aricó, a quien está dedicado el libro– sino la del primer Lucifer: Carlos Marx. Situándose en la línea de los estudios acerca de los fenómenos de recepción de ideas, Tarcus busca reconstruir los modos, los canales y los agentes a través de los cuales el pensamiento de Marx ingresó a la Argentina. Realiza así un extenso recorrido que, comenzando con esa imagen demoníaca propugnada por la prensa que reflejaba los temores suscitados por la Comuna de París, pasa por las diferentes lecturas que emprenderían los exiliados de dicha insurrección, los socialistas alemanes encabezados por Germán Avé Lallemant, y los argentinos a partir de las interpretaciones de su líder Juan B. Justo, para concluir con el abordaje del marxismo que realizaron las ciencias sociales en proceso de consolidación a comienzos del siglo XX.

Pero el carácter múltiple del trabajo no se funda solamente en la pluralidad de momentos de la recepción del marxismo, sino también en la de quienes lo incorporaban –intelectuales tradicionales, obreros devenidos en dirigentes de organizaciones políticas, delegados gremiales– y, consiguientemente, en la de los registros en los que se

tramitaba dicha recepción –desde las grandes obras doctrinarias a los artículos en la prensa, desde las discusiones académicas a los rituales que dan forma a un imaginario socialista–. Es por ello que el libro puede, y tal vez debe, leerse como un trabajo de historia intelectual, como una historia cultural que da cuenta de las reapropiaciones populares de las doctrinas de los intelectuales, como una historia política centrada en los primeros años del Partido Socialista, y también como una historia de la mirada de iniciativas de publicación de periódicos, folletos y bibliotecas socialistas.

Tarcus concluye su largo recorrido destacando que intervenciones como las de Ernesto Quesada –que apelaba a su conocimiento del marxismo para, por un lado, señalar a los socialistas argentinos la obsolescencia de sus posiciones y, por otro, para advertir a los miembros de la elite sobre la necesidad de atender la “cuestión social”– probaban la legitimidad que el marxismo había ido ganando en el panorama intelectual de comienzos de siglo. Esta legitimidad seguiría creciendo, de modo que Marx y el marxismo pasarían a tener por décadas un lugar importante en la escena intelectual argentina. Marx ya no es el “Lucifer moderno”, su obra ha ingresado en los ámbitos intelectuales y académicos. La evaluación celebratoria deja oír, sin embargo, cierto deseo: el de encontrar por detrás del Marx científico que tiene su lugar en los claustros, a aquel otro, crítico y revolucionario.

R. M. M.